

➤ *Domingo 32 del tiempo ordinario, Año B. (2015). La generosidad de dos viudas: en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. El óbolo de la viuda: echó en el cepillo del templo todo lo que tenía para vivir. El sacrificio de sí mismo: aquí se realiza la finalidad última del hombre sobre la tierra. El Espíritu Santo infunde en nosotros no sólo el don del amor de Dios, sino también la capacidad y la necesidad de donarnos a los demás. La conversión de nuestra vida en un don. No me interesan vuestras cosas sino vosotros (2 Corintios 12,14). El objetivo de la vida moral del cristiano es hacer de la vida un don y «una ofrenda viva».*

❖ Cfr. Domingo 32 del tiempo ordinario ciclo B, 8 noviembre 2015
Marcos 12, 38-44; 1 Re 17,10-16; Hebreos 9,24-28

1 Reyes 17, 10-16: 10. Elías Se levantó y se fue a Sarepta. Cuando entraba por la puerta de la ciudad había allí una mujer viuda que recogía leña. La llamó Elías y dijo: « Tráeme, por favor, un poco de agua para mí en tu jarro para que pueda beber. » 11 Cuando ella iba a traérsela, le gritó: « Tráeme, por favor, un bocado de pan en tu mano. » 12 Ella dijo: « Vive Yahveh tu Dios, no tengo nada de pan cocido: sólo tengo un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la orza. Estoy recogiendo dos palos, entraré y lo prepararé para mí y para mi hijo, lo comeremos y moriremos. » 13 Pero Elías le dijo: « No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz una torta pequeña para mí y tráemela, y luego la harás para ti y para tu hijo. 14 Porque así habla Yahveh, Dios de Israel: No se acabará la harina en la tinaja, no se agotará el aceite en la orza hasta el día en que Yahveh conceda la lluvia sobre la haz de la tierra. 15 Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron ella, él y su hijo. 16 No se acabó la harina en la tinaja ni se agotó el aceite en la orza, según la palabra que Yahveh había dicho por boca de Elías.

Marcos 12: 38 Decía también en su enseñanza: «Guardaos de los escribas, que gustan pasear con amplio ropaje, ser saludados en las plazas, 39 ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; 40 y que devoran la hacienda de las viudas so capa de largas oraciones. Esos tendrán una sentencia más rigurosa. 41 Jesús se sentó frente al arca del Tesoro y miraba cómo echaba la gente monedas en el arca del Tesoro: muchos ricos echaban mucho. 42 Llegó también una viuda pobre y echó dos monedas pequeñas, o sea, una cuarta parte del as. 43 Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: «Os digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del Tesoro. 44 Pues todos han echado de los que les sobraba, ésta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir.

Las dos viudas

Mediante estas dos figuras se desvela el verdadero significado de la pobreza de espíritu.

Una paradoja: esta pobreza esconde en sí una riqueza especial.

Rico no es el que tiene, sino el que da. Y da no tanto lo que posee, cuanto a sí mismo.

El hombre es pobre, no porque no posea, sino porque está apegado a lo que posee:

está apegado de tal manera que no se halla en disposición de dar nada de sí;

cuando no está en disposición de abrirse a los demás y darse a sí mismo.

1. Para entender los relatos sobre las dos viudas de la liturgia de hoy.

Cfr. Raniero Cantalamessa, Di sabato insegnava, Piemme 1998, pp. 290-295

- «En aquella época, la viuda era una de las personas más pobres en la sociedad. La inserción en la sociedad de la mujer se realizaba solamente a través del marido y la pérdida de éste significaba la pérdida de todos los derechos y de toda ayuda. No heredaba los bienes del marido, sino que ella misma era parte de la herencia del hijo primogénito. Por tanto, una viuda sin padre o sin hijos mayores estaba expuesta a toda clase de angustias y de riesgos». En el Antiguo Testamento, la viuda era, junto al huérfano y al forastero, una de las tres categorías símbolo de la pobreza, de la soledad y de la necesidad por lo que era una de las categorías más queridas por Dios que se definía “padre de los huérfanos y defensor de las viudas” (Salmo 68,6).

- En la primera Lectura de hoy, todo acaba bien, porque el Señor hace el milagro de que se multiplique la harina y el aceite, como premio a la generosidad de la viuda que da de comer al profeta Elías con lo poco que tenía para ella y su hijo.

- En cambio, en la lectura del Evangelio no aparece que la viuda tenga algún premio por su generosidad.

No hay ningún milagro. “Ella no sabe ni siquiera que ha sido observada desde lejos por Jesús. Su gesto

acaba en el secreto entre ella y Dios". "En el Nuevo Testamento la recompensa no es fundamentalmente temporal sino eterna, es la posesión de Dios mismo: «Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo». (Mateo 25, 34)". "Es verdad que Jesús ha prometido cien veces más aquí a los que dejan todo por el evangelio, pero eso no consiste en bienes materiales sino espirituales, es decir en «justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos, 14-17)".

2. El verdadero significado de la pobreza de espíritu.

Cfr. San Juan Pablo II, Homilía, en la parroquia de san Rafael Arcángel. Domingo 32 del Tiempo Ordinario, 11 de noviembre de 1979.

- **Rico no es el que tiene, sino el que da. Y da no tanto lo que posee, cuanto a sí mismo.**
 - **El hombre es pobre, no porque no posea, sino porque está apegado —y especialmente cuando está apegado espasmódica y totalmente— a lo que posee.**

- "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos" (Mt 5,3).

Se puede decir que la liturgia de este domingo ilustra de manera especialmente sugestiva esta primera bienaventuranza del sermón de la montaña, permitiéndonos penetrar a fondo en la verdad que contiene. Efectivamente, nos habla en la primera lectura de la viuda pobre de los tiempos de Elías, que habitaba en Sarepta de Sidón. Poco después nos habla de otra viuda pobre de los tiempos de Cristo, que ha entrado en el atrio del templo de Jerusalén. Una y otra han dado todo lo que podían. La primera dio a Elías el último puñado de harina para hacer una pequeña torta. La otra echó en el tesoro del templo dos leptos, y estos dos leptos constituían todo "lo que tenía" (Mc 12,44). La primera no queda defraudada porque, conforme a la predicción de Elías, "no faltó la harina de la tinaja, hasta que el Señor hizo caer la lluvia sobre la tierra" (cf. 1R 17,14). La segunda pudo escuchar las alabanzas más grandes de labios de Cristo mismo.

Mediante estas dos figuras se desvela el verdadero significado de esa pobreza de espíritu, que constituye el contenido de la primera bienaventuranza en el sermón de la montaña. Esto puede sonar a paradoja, pero esta pobreza esconde en sí una riqueza especial. Efectivamente, rico no es el que tiene, sino el que da. Y da no tanto lo que posee, cuanto a sí mismo. Entonces, él puede dar aun cuando no posea. Aun cuando no posea, es por lo tanto rico.

El hombre, en cambio, es pobre, no porque no posea, sino porque está apegado —y especialmente cuando está apegado espasmódica y totalmente— a lo que posee. Esto es, está apegado de tal manera que no se halla en disposición de dar nada de sí. Cuando no está en disposición de abrirse a los demás y darse a sí mismo. En el corazón del rico todos los bienes de este mundo están muertos. En el corazón del pobre, en el sentido en que hablo, aun los bienes más pequeños reviven y se hacen grandes.

3. En la fe encontramos la fuerza de una caridad heroica

Cfr. San Juan Pablo II, Homilía, en el Jubileo del Mundo Agrícola, 12 de noviembre de 2000

- La actitud que debemos asumir nos la sugiere el evangelio con el ejemplo de la viuda pobre que echa unas pocas monedas en el cepillo, pero en realidad da más que todos, porque no da de lo que le sobra, sino "todo lo que tenía para vivir" (Marcos 12,44). Esa mujer desconocida imita así la actitud de la viuda de Sarepta, que acogió en su casa a Elías y compartió con él su comida. A ambas las sostenía su confianza en el Señor. Ambas encuentran en la fe la fuerza de una caridad heroica.

Esas dos viudas nos invitan a abrir de par en par nuestra celebración jubilar hacia los horizontes de la caridad, abrazando a todos los pobres y necesitados del mundo. Lo que hagamos al más pequeño de ellos, lo haremos a Cristo (cf. Mateo 25,40).

3. Dos comentarios de San Agustín sobre la oferta de la viuda

- ❖ A) Dios no valora la cantidad sino la voluntad.

Cfr. Sermón 107 A

- **La viuda echó en el cepillo del templo todo lo que poseía.**

Retened lo que poseéis, pero de forma que deis a los necesitados. Al hombre que no había robado lo ajeno, pero que miraba por lo suyo con diligencia inmoderada, nuestro Señor Jesucristo le dijo: *Necio, esta noche se te quitará tu alma. ¿Para quién será lo que acumulaste?* (Lc 12,20). Pero luego añadió: *Así es todo*

el que atesora para sí y no es rico en Dios. ¿Quieres ser rico en Dios? Da a Dios. Da no tanto en cantidad, como en buena voluntad. Pues no por dar poco, de lo poco que posees, se considerará como poco cuanto dieres. Dios no valora la cantidad sino la voluntad. Recordad, hermanos, aquella viuda. Oísteis decir a Zaqueo: *Doy la mitad de mis bienes a los pobres.* Dio mucho de lo mucho que tenía y compró la posesión del reino de los cielos a gran precio, según las apariencias. Pero si se considera cuán gran cosa es, todo lo que dio es cosa sin valor comparado con el reino de los cielos. Parece que dio mucho porque era muy rico.

Contemplad aquella pobre viuda que llevaba dos pequeñas monedas. Los presentes observaban lo mucho que echaban los ricos en el cepillo del templo y contemplaban sus grandes cantidades. Entró ella al templo y echó dos monedas. ¿Quién se preocupó ni siquiera de echarle una mirada? **Pero el Señor la miró, y de tal manera que sólo la vio a ella y la recomendó a los que no la veían, es decir, les recomendó que mirasen a la que ni siquiera veían.** «Estáis viendo -les dijo- a esta viuda, -y entonces se fijaron en ella-; **ella echó mucho más en ofrenda a Dios que aquellos ricos que ofrecieron mucho de lo mucho que poseían.**» Ellos ponían sus miradas en las grandes ofertas de los ricos, alabándolos por ello. Aunque luego vieron a la viuda, ¿cuándo vieron aquellas dos monedas? *Ella echó más en ofrenda a Dios -dijo el Señor- que aquellos ricos.* Ellos echaron mucho de lo mucho que tenían; ella echó todo lo que poseía. Mucho tenía, pues tenía a Dios en su corazón. Es más tener a Dios en el alma que oro en el arca. ¿Quién echó más que la viuda que no se reservó nada para sí?

❖ B) Nadie dio tanto como la que no reservó nada para sí

Cfr. Sermón 105 A, 1.

○ **¿Acaso eran ricos los apóstoles? Abandonaron solamente unas redes y una barquichuela, y siguieron al Señor.**

(...) El Señor no se fija en si las riquezas son grandes, sino en la piedad de la voluntad. **¿Acaso eran ricos los apóstoles? Abandonaron solamente unas redes y una barquichuela, y siguieron al Señor.** Mucho abandonó quien se despojó de la esperanza del siglo, como aquella viuda que depositó dos monedas en el cepillo del templo. **Según el Señor, nadie dio más que ella.**

A pesar de que muchos ofrecieron mayor cantidad, ninguno, sin embargo, dio tanto como ella *en ofrenda a Dios*, es decir, *en el cepillo del templo* (Lc 21,1-2). *Muchos ricos echaban en abundancia, y él los contemplaba* (Mc 12,41), pero no porque echaban mucho. Esta mujer entró con sólo dos monedillas. ¿Quién se dignó poner los ojos en ella? Sólo aquel que al verla no miró si la mano estaba llena o no, sino al corazón. La observó, pregonó su acción y al hacerlo proclamó que nadie había dado tanto como ella. Nadie dio tanto como la que no reservó nada para sí. Das poco, porque tienes poco; pero si tuvieras más, darías más. Pero ¿acaso por dar poco a causa de tu pobreza, te encontrarás con menos, o recibirás menos porque diste menos?

○ **Podemos fijarnos en las cosas que se dan o en el corazón que se da.**

Si se examinan las cosas que se dan, unas son grandes, otras son pequeñas; unas abundantes, otras escasas. **Si, en cambio, se escudriñan los corazones de quienes dan, hallarás con frecuencia en quienes dan mucho un corazón tacaño, y en quienes dan poco uno generoso.** Tú miras a lo mucho dado y no a cuánto se reservó para sí ese que tanto dio, cuánto fue lo que en definitiva otorgó, o cuánto robó quien de ello da algo a los pobres, como queriendo corromper con ello a Dios, el juez. Lo que consigues con tu donación es que no te perjudiquen tus riquezas, no que te aprovechen. Porque si fueres pobre y, desde tu pobreza, dieses, aunque fuera poco, se te imputaría tanto como al rico que da en abundancia, o quizá más, como a aquella mujer.

4. No está el mérito en lo poco o lo mucho, sino en la voluntad con que lo des.

• Frente a la ostentación de los escribas ¹ y a la apariencia de los ricos ², Jesús opone la rectitud de intención y la generosidad de esa pobre viuda:

«¿No has visto las lumbres de la mirada de Jesús cuando la pobre viuda deja en el templo su pequeña limosna? - Dale tú lo que puedas dar: no está el mérito en lo poco o en lo mucho, sino en la voluntad con que lo des» (Camino, 829)

¹ Marcos 12, 38-40

² Marcos 12, 41

5. La conversión de nuestra vida en un don.

❖ A) No me interesan vuestras cosas sino vosotros

2 Corintios 12,14:

«Mirad, es la tercera vez que estoy a punto de ir a vosotros, y no os seré gravoso, pues no busco vuestras cosas sino a vosotros».

▪ Darnos en lo que damos.

• Darnos en lo que damos. «Estamos tocando el fondo de una entrega absoluta, de una confianza plena, de un gran amor. Para Dios, no importa 'cuánto' damos; ¿acaso Él necesita algo de nosotros? Por mucho que le ofrezcamos, siempre será nada si el amor no le da peso. Lo que a Él le interesa no es lo que tienes: le interesas tú. En la medida en que te des en lo que das, el humo de tu incienso subirá derecho hasta el trono de Dios».

❖ B) El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos 5,5).

• **Biblia de Jerusalén, Rom 5,5 (a):** [Es] El amor con que Dios nos ama, y del que el Espíritu Santo es prenda y, por su presencia activa en nosotros, testigo: ver Romanos 8,15 y Gálatas 4,6. Por él nos dirigimos a Dios como un hijo a su Padre; el amor es recíproco. Por él también amamos a nuestros hermanos con el mismo amor con que el Padre ama al Hijo y a nosotros (ver Juan 17, 26).

○ El Espíritu Santo infunde en nosotros no sólo el don del amor de Dios, sino también la capacidad y la necesidad de donarnos a los demás.

Raniero Cantalamessa, *El canto del Espíritu, Meditaciones sobre el Veni Creator*, PPC 1999 pp. 91-93

• “El Espíritu Santo no infunde en nosotros sólo el «don de Dios», sino también la capacidad y la necesidad de donarnos. Nos contagia, por así decirlo, con su mismo ser. Él es la «donación», y donde llega crea un dinamismo que nos conduce a convertirnos, a nuestra vez, en don para los demás.

«Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones». (Romanos 5,5,)

La palabra «amor» indica tanto el amor de Dios por nosotros como nuestra nueva capacidad de volver a amar a Dios y a los hermanos. Indica «el amor por el que nos hacemos amantes de Dios» (San Agustín, *El espíritu y la letra*, 32,56). El Espíritu Santo no infunde, por tanto, en nosotros no sólo el *amor*, sino también la capacidad de *amar*. Lo mismo cabe decir a propósito del don: al venir a nosotros, el Espíritu no nos trae sólo el *don* de Dios, sino también el «donarse» de Dios. El Espíritu Santo es verdaderamente el agua viva que, cuando la recibimos «se convierte en un manantial de agua que brota para vida eterna» (Juan 4,14), es decir, rebota y se derrama sobre quienes están a nuestro alrededor”. (p. 93)

❖ C) Jesús inauguró la ofrenda y el sacrificio de sí mismo: aquí se realiza la finalidad última del hombre sobre la tierra.

Cfr. Raniero Cantalamessa, *El canto del Espíritu - Meditaciones sobre el Veni Creator*, PPC 1999 p. 94-95

Jesús inauguró una nueva modalidad de ofrenda y sacrificio: la ofrenda y el sacrificio de sí mismo. Él se presenta al Padre «no con sangre de machos cabríos ni de toros, sino con su propia sangre» (Hebreos 9,12), ofreciéndose a sí mismo como sacrificio de suave olor (cfr. Efesios 5,2). En esto, recomienda el Apóstol, tenemos que ser todos «imitadores de Dios» Efesios 5,1). Dios dice a todos los hombres lo que Pablo dice a sus fieles: «No me interesan vuestras cosas, sino vosotros» (2 Corintios 12,14).

Aquí se realiza la finalidad última de la existencia del hombre en la tierra. ¿Por qué Dios nos ha hecho el don de la vida, si no es para que tuviéramos, a nuestra vez, algo grande y hermoso que ofrecerle a él como don? Escribe san Ireneo:

«Nosotros hacemos ofrendas a Dios, no porque él las necesite, sino para darle gracias con sus mismos dones y santificar la creación. No es Dios quien necesita algo de nosotros, somos nosotros quienes necesitamos ofrecerle algo» (*Contra las herejías*, IV, 18,6).

Al final de la vida, sólo lo que hayamos dado nos quedará en la mano, transformado en algo terreno.

Uno de los poemas de Tagore presenta a un mendigo que cuenta su historia. Convertido en prosa, dice así:

“Había estado mendigando de puerta en puerta por toda la aldea, cuando apareció a lo lejos una carroza de oro. Era la carroza del hijo del rey. Yo pensé: «Es la oportunidad de mi vida». Me senté abriendo mi alforja de par en par, esperando que se me daría la limosna sin tener que pedirla siquiera; más aún, que las riquezas lloverían al suelo a mi alrededor. Pero cuál fue mi sorpresa cuando, al llegar junto a mí, la carroza se paró, el hijo del rey bajó y, tendiendo la mano derecha, me dijo: ¿Qué tienes para darme?. ¿Qué clase de gesto real era ese de tenderle la mano a un mendigo? Confuso e indeciso, saqué de mi alforja un grano de arroz, sólo uno, el más pequeño, y se lo di. Pero qué tristeza sentí por la noche cuando, hurgando en mi alforja, encontré un pequeño grano de oro, sólo uno. Lloré amargamente por no haber tenido el valor de dárselo todo” (Cfr. Tagore, R.: Gitanjali, 50). (pp. 94-95)

Todo lo que no damos se pierde, ya que, estando destinados a morir, morirá con nosotros todo aquello que hayamos conservado hasta el último momento, mientras que lo que damos se sustrae a la corrupción y, por así decirlo, es enviado a la eternidad ³.

❖ D) El objetivo de la vida moral del cristiano es hacer de la vida un don y «una ofrenda viva» (cfr. Romanos 12,1)

Cf. Raniero Cantalamessa, El canto del Espíritu - Meditaciones sobre el *Veni Creator*, PPC 1999, Cap. V Don Altísimo de dios: El Espíritu Santo nos enseña a hacer de nuestra vida un don pp. 87-103

- El Espíritu Santo (que prolonga en la historia el acto de donarse del Dios trino) “es el único que puede ayudarnos a hacer de nuestra vida un don y una «ofrenda viva». En esto se resume todo el objetivo de la vida moral del cristiano: ésta es, para Pablo, la única respuesta adecuada a la Pascua de Cristo: **«Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios»** (Rom 12,1).

6. El óbolo de la viuda: la generosidad de quien da sin reservas lo poco que posee.

Domingo 32 tiempo ordinario. Ciclo B.

De la homilía de Benedicto XVI, en Brescia (Italia), el 8 noviembre de 2009

(...)

❖ Una viuda pobre es el personaje que está en el centro de la liturgia de la Palabra de este domingo. El “óbolo de la viuda”.

○ **La generosidad de quien da sin reservas lo poco que posee.**

En el centro de la liturgia de la Palabra de este domingo, trigésimo segundo del tiempo ordinario, encontramos el personaje de la viuda pobre, o más bien, nos encontramos ante el gesto que realiza al echar en el tesoro del templo las últimas monedas que le quedan. Un gesto que, gracias a la mirada atenta de Jesús, se ha convertido en proverbial: “el óbolo de la viuda” es sinónimo de la generosidad de quien da sin reservas lo poco que posee.

○ **El ambiente en el que se desarrolla ese episodio evangélico: el Templo de Jerusalén, centro religioso del pueblo de Israel.**

- **Jesús muestra su afecto por el templo como casa de oración, pero precisamente por eso quiere purificarlo de usos impropios, más aún, quiere revelar su significado más profundo.**

Ahora bien, antes quisiera subrayar la importancia del ambiente en el que se desarrolla ese episodio evangélico, es decir, el templo de Jerusalén, centro religioso del pueblo de Israel y el corazón de toda su vida. El templo es el lugar del culto público y solemne, pero también de la peregrinación, de los ritos tradicionales y de las disputas rabínicas, como las que refiere el Evangelio entre Jesús y los rabinos de aquel tiempo, en las que, sin embargo, Jesús enseña con una autoridad singular, la del Hijo de Dios. Pronuncia juicios severos, como hemos escuchado, sobre los escribas, a causa de su hipocresía, pues mientras ostentan

³ “Ese mendigo avaro somos nosotros, cuando extendemos continuamente la mano a Dios para pedirle favores y no vemos nunca su mano extendida «majestuosamente» hacia nosotros. Él no pide porque tiene necesidad, sino para poder transformar en oro nuestros pequeños «granos de arroz»” (Raniero Cantalamessa o.c. p. 293).

gran religiosidad, se aprovechan de la gente pobre imponiéndoles obligaciones que ellos mismos no observan. En suma, Jesús muestra su afecto por el templo como casa de oración, pero precisamente por eso quiere purificarlo de usos impropios, más aún, quiere revelar su significado más profundo, vinculado al cumplimiento de su misterio mismo, el misterio de su muerte y resurrección, en la que él mismo se convierte en el Templo nuevo y definitivo, el lugar en el que se encuentran Dios y el hombre, el Creador y su criatura.

○ **El óbolo de la viuda: echa en el tesoro del templo dos moneditas**

- **Expresa la característica fundamental de quienes son las "piedras vivas" del nuevo Templo en el Nuevo Testamento, es decir, la entrega completa de sí al Señor y al prójimo. La viuda del Evangelio, al igual que la del Antiguo Testamento, lo da todo, se da a sí misma.**

Este es el significado perenne de la oferta de la viuda pobre.

El episodio del óbolo de la viuda se enmarca en ese contexto y nos lleva, a través de la mirada de Jesús, a fijar la atención en un detalle que se puede escapar pero que es decisivo: el gesto de una viuda, muy pobre, que echa en el tesoro del templo dos moneditas. También a nosotros Jesús nos dice, como en aquel día a los discípulos: ¡Prestad atención! Mirad bien lo que hace esa viuda, pues su gesto contiene una gran enseñanza; expresa la característica fundamental de quienes son las "piedras vivas" de este nuevo Templo, es decir, la entrega completa de sí al Señor y al prójimo; la viuda del Evangelio, al igual que la del Antiguo Testamento, lo da todo, se da a sí misma, y se pone en las manos de Dios, por el bien de los demás. Este es el significado perenne de la oferta de la viuda pobre, que Jesús exalta porque da más que los ricos, quienes ofrecen parte de lo que les sobra, mientras que ella da todo lo que tenía para vivir (cf. *Mc* 12, 44), y así se da a sí misma. (...)

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana